



UNIVERSIDAD DE LA HABANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTEBAYO, HABANA

ES primera hora de la noche; mi amigo y yo vamos paseo de Areneros arriba; vamos por ir, sin rumbo trazado, a la casualidad de la noche marceña. Fría es. La niebla humedece nuestros semblantes con su vaho sutil.

El frío no llega a nuestras almas. Del rescoldo romántico que guardamos dentro del alma, aun los que ya no somos jóvenes, irradia calor de poesía.

Nuestro diálogo es vivo; enérgicos nuestros ademanes.

Ensueños que perduran bajo la nieve de las canas, suben en tropel por las bocas nuestras. Acaso la renaciente primavera los traiga. Ella es juventud. Con brotes nuevos la

lleva a plantas y árboles; con esperanzas al mocerío; a quienes tocamos en la madurez del vivir, con recuerdos. Recordar es, para nosotros, la manera de hacernos jóvenes.

Recordando vamos por el solitario paseo. Amores idílicos, embriagueces de vino, de pasión y de gloria... Todo lo que fué, vuelve y es realidad momentánea.

En este volver, los años de nuestro aprendizaje artístico acuden a la imaginación.

Y pasan ante nosotros los difuntos ilustres, los que empezaban a ser viejos cuando nosotros no éramos hombres todavía. Hoy, entre las nieblas nocturnas, pronunciamos sus nombres con igual reverencia que los pronunciábamos entonces.

Ellos fueron nuestros padres intelectuales; de ellos venimos; ellos ensancharon la senda por donde nos fué dado caminar. Para los jóvenes de hoy, la ensancharon los que hoy envejecen; para los jóvenes de mañana, la ensancharán, con la labor que realicen, los jóvenes de hoy.

No hay en la intelectualidad generaciones espontáneas; unas vienen de otras; todas se deben colectivo respeto, siquiera la admiración que para quienes de entre ellas supieron ganarla. Ganarla en ese juicio, que no es el de la moda y el de la actualidad, tan expuesto a equivocaciones, sino el que se hace luego, ante el tribunal depurador del tiempo y de la muerte.

Tocóles turno a los poetas; y entre ellos, como rey corte de príncipes, apareció Zorrilla, el gran poeta castellano, el poeta español por antonomasia.

Y mi amigo comenzó a recitar versos suyos, y llegó a los de la serenata que ha inmortalizado el nombre de Galiana:

Paso la noche sombría
suspirando a tu ventana,
Galiana mía,
Mas si han de expirar mis quejas
en tus rejas,
no me las abras, Galiana,
noche ni día.

Dulce y melancólico el estribillo

de la serenata, subía hecho música de amor por la atmósfera.

Junto de mi amigo y de mí sonaron pasos que se acomodaban a los nuestros.

Volví la cabeza a su ruido.

Una mujer, aun joven, y un chiquillo de doce años, caminaban a la par de nosotros, escuchando los versos, recreándose en su armonía.

Eran gente del pueblo: el chico, con blusa y gorrilla de seda; la mujer, con pañuelo de seda a la cabeza y mantón de lana en los hombros. Por seguro, madre e hijo que, terminadas sus faenas de la fábrica y del taller, se reunieron en cualquier sitio para ir juntos a la común vivienda a saborear la cena humilde.

De prisa van los obreros por la calle a estas horas de su recojo y de su descanso.

Nosotros íbamos despacio, y la mujer y el niño tomaban la medida del paso nuestro, para medir los suyos.

Las frases de un poeta tenían poder suficiente a retrasar el viaje de

dos trabajadores fatigados por los trajines de su oficio.

El canto amoroso de un rondador ante la reja de Galiana esclavizaba las voluntades suyas; iban recogiendo, escuchándolo con el corazón en los ojos:

Más si han de expirar mis quejas
en tus rejas,
no me las abras, Galiana,
noche ni día.

Era la última estrofa. Mi amigo y yo detuvimos el paso para seguir los ecos de ella en el silencio de la noche.

La mujer y el chico continuaron su camino, repitiéndola por lo bajo:

—No me las abras, Galiana
noche ni día.

¡Ah, si Zorrilla, el viejo inmortal, el gran poeta castellano, hubiera podido presenciar la escena, temblara de orgullo!

Aquel niño y aquella mujer, aquel cacho de multitud, olvidándose de todo, aun del sueño y del hambre, para volverse corazón ante una poesía suya, fueran su corona mejor.

Porque esa es la misión y esa la gloria del artista. Conmover, subyugar a todos; herir con su arte en el corazón de las multitudes.

Sólo es gran artista quien lo alcanza, quien sigue reinando sobre las multitudes a través del tiempo y de la muerte.

SERRANA





UN viento empapado en heladoras humedades me recibe. La sierra es fría y áspera; áspero y frío ha de ser también su beso de hospitalidad.

La noche impide ver a cuatro pasos. Fantasmas parecen los chaparros y encinas; voz de ellos el aire que contra el ramaje se desgarran. Los pies tantean jaras; a tientas las apartan las manos.

El chozo de unos pastores me brinda cena y lumbre. En él entro; saludo y paso junto al rústico rabadán. Es un viejo fuerte, cetrino, de voz recia y cabellos blancos; para los otros pastores, médico, juez y oráculo. Un cabrito da vueltas sobre un palo aguzado, a media vara de las brasas. Su grasa cae a gotas anchas y humeantes en el rojizo cazuelón.

Inmediato al chozo, entre unas gargantas, apenas silueteadas por la sombra, se oye rumor de agua: es el Ebro que balbucea su nacer. Lejos, por cumbres invisibles, suenan los aullidos del lobo; cerca remuévese el jaral a los embites de algún despertado jabalí.

Los pastores comparten conmigo su vianda; el zaque va de mano en mano; las aves nocturnas atraviesan como criaturas brujescas el espacio, que, fuera de la choza, iluminan los resplandores del hogar.

Son las doce por filo. Aún faltan dos horas para que la luna cabecee en el cielo. Antojo es de poeta ver a los rayos dianescos esta serranía de Reinosa, donde voy peregrino con el capote a hombros, la escopeta al brazo y el cuchillo montés acorreado a la cintura.

El astro pálido acude a mi cita, transponiendo una cumbre. Tiene apariencias de sol crepuscular. Rojizo y opaco, describe en el horizonte un círculo de sangre.

Pronto asciende por el azul para

convertirse en argentada lámpara y extender sus rayos melancólicos sobre el paisaje que mis ojos contemplan.

Paisaje es de ensueño, brotar pareció de las tinieblas a los conjuros de una maga. Los valles se esfuman en las honduras de la sierra, formando manchas reidoras, sonrisas del verde en la sombría vegetación de la montaña. De ellos sube un vaho transparente y lechoso que trae a mí el eco de los pueblecillos serranos; las luces de esos pueblecillos son astros flotantes con moribunda luz en un cielo espectral.

De los valles trepan los verdes confundiendo con la roca, vistiéndola de caireles y gasas. Líneas de plata se dibujan entre matorrales y peñas: son las aguas del río: música de misterio es su viaje, canto nupcial que el aire con sus ráfagas acompaña.

Los pinos de metálica entonación se abren puntiagudos, amenazadores, tal que lanzones de combate prontos a acometer; encinas y robles invaden las lomas; matas y hierbas

se estremecen a los sobresaltos de las montañas bestias con vaivén de oleaje; sordas voces de mar les presta el viento serrano al agitarlas; mareta ascendente es la suya; de espuma ofician los rayeares de la luna, deshaciéndose sobre los puntos verdes en polvillo de nácar.

En los sitios próximos a mí, el tono vegetal se opaliza; suave, impreciso es el dibujo del paisaje; ni líneas ni colores aparecen bien acusados; todo, por obra del astro nocturno, es timidez y poesía. Ni a respirar fuerte me atrevo, temeroso de que profane mi respiración aquel encanto virginal.

Cuando mis ojos se alzan y a las lejanías se dirigen, ven una escalera de montes azules, temblantes entre la atmósfera sin mácula; en las cimas marfilea la nieve; leche cuajada es en las faldas; en los picos, acero; en las redondas cabezotas, rematadoras de la cordillera, yelmo plateesco que la luna enjoyece y la neblina señorea con aironcillos de vapor.

Las estrellas diamantizan la atmósfera; ondas frías bajan de ella escarchando el suelo; el frío penetra la piel, se hace dueño de la carne y del alma, trayendo a los párpados lágrimas que cuajan antes de caer; a la imaginación, memorias que no se pudo enterrar por completo.

Noche montañesa, paisaje de misterio y amor, ¿dónde anda la criatura que te anima y hace de estas soledades palacio de venturas, alcoba nupcial para amadores de leyendas?

Los mastines ladran roncamente; ruido de pasos se escucha entre las hierbas; ábrense las jarras y una mujer aparece por ellas, ceñida por ellas, como por un marco de bronce.

Alta y delgada es; verde obscuro el paño de su falda, que en los arranques de la pantorrilla se detiene; el corpiño se cierra contra un seno robusto y deja al descubierto dos brazos blancos, con las blancuras de la nieve que cimea la cordillera, robustos, con las robusteces de la vegeta-

ción que la cubre. Joven es; su tez pálida, a semejanza de la luna que preside en el cielo; sus cabellos, de azuloso matiz, emprestado a los montes de la lejanía. Con vellón de corderos debieron de lustrarse sus dientes; sus ojos, teñirse con zumo bronceo de jaras; a ellas pidió esbeltez su cintura; a las encinas, fortaleza su carne. Una rama de laurel va prendida en su moño: símbolo de victoria. Su voz es fuerte y armoniosa como los sonos del aire montaños.

Pastora campurriana, acaso eres la criatura de estos montes!... ¡Acaso vienes a brindarme en la noche solitaria con el disfrute de tu amor, allá, lejos, muy lejos, en las altas cumbres, en algún templo que con nieve y hielo de la sierra fabricaron los genios que en las altas cumbres gozan existencia inmortal!...

¡Quién sabe!... Como sueño viniste, como sueño pasas junto a mí y te pierdes entre las encinas, mientras una línea rojiza anuncia en los límites del espacio el advenimiento del sol...



EN la olmeda hace sombras
dulces el ramaje. Hora es
de siesta. Dormilón va el
aire por la atmósfera.

Abajo, tras los matorrales verdi-
negros, se oyen los murmurios del
río; río heroico que ahora siente la
influencia virgiliana del Mayo, y
trae al oído sonos de lascivia.

El sol filtra por entre las hojas
de los olmos en lluvia dorada, que
pinta sobre la hierba botones de to-
pacio. Un mirlo va y viene por la
divina alfombra con gracioso pico-
tear: de cuando en cuando responde
con silbares al requerimiento de la
hembra.

¡ Meridiano instante del sol prima-

verall... A la lumbre del astro todo el paisaje se enojece; de todo él llegan quedas voces, trovadores del sueño.

Salta el río con suave caricia de espuma en las distanciadas orillas. Respondiendo a los halagos suyos, una voz moceril entona la jota, no ya brava y desafiadora, como cantar de guerra, lánguida y acariciante como endecha de amor.

Voz de hembra es la cantora voz; de querer es la copla que al aire lento lleva y trae por la olmeda:

Te quiero más que a mis ojos;
más que a mis ojos te quiero;
y eso que adoro a mis ojos
porque mis ojos te vieron.

Al imán de la copla voy descendiendo poco a poco hacia las márgenes del río. Forma, éste, remanso para adquirir bríos y abrirse en brazos de cristal sobre una islilla, que es esmeralda entre el brillantaje de las ondas.

Un olmo solitario se alza en la orilla del islote. Buen anciano, de rugosa piel y cabellera verde se in-

clina hacia las aguas, más para verlas que para verse en su cristal. No busca espejos la vejez, que los huye. Busca ajenos encantos que la resarzan de la pérdida de los propios. Eso hace el olmo anciano: recrearse en los juegos moceriles del río. Su ancha copa en el suelo un círculo de sombra: este círculo baja por la hierba esmeralda, para morir en las ondas nácar.

Bajo el olmo está la cantora. Primavera es por los años suyos, que no pasan de quince; primavera que se deshace en notas de amor sobre el entreabierto capullo de unos labios carmín.

Desnuda está de medio cuerpo, revistiéndose la carne, húmeda aún por el abrazo de las aguas. Una falda amarilla cae de su cintura para arrebujarse en la media pierna. La cabeza se apoya en el almohadón de los juncos que se desprenden hacia el río; la cabellera rubia flota en abierto haz sobre las ondas.

Es dorada su carne, y en la del rostro brillan como puntitos de áurea

luz las pecas; de topacio tienen sus ojos la color; hebrillas de oro son sus retorcidas pestañas.

Por la copa del olmo se filtra el sol; un ancho rayo se hace abanico entre las ramas y cae abierto sobre la criatura.

Envuelta por el rayo, es la moza prolongación del rayo mismo; imagen modelada con pedazos de sol. Tan dorada es su carne, tan rubio su pelo, tan áureos sus ojos, que no se sabe dónde concluye el astro y dónde empieza la mujer.

Todo es luz y calor; en el rayo y en la hembra, todo es lluvia de oro; hasta las notas del cantar vibran en una atmósfera dorada.

Dijérase que el rayo de sol, aburrido de flotar sin forma precisa por el aire, tuvo capricho de adquirirla y de fecundarse a sí propio.

Hija de aquel rayo es la criatura caída contra la hierba, junto al río; últimos reflejos del rayo, que en el río se pierde el abierto haz de sus cabellos.

Criatura de los ensueños meridia-

nos, quizás se modeló en el fondo del río, con los rayos de sol que el río, durante siglos y siglos absorbiera; quizás salió de él para atraer a los caminantes enamorados con su voz y ceñirlos con su abrazo de fuego, y sepultarlos en el misterio de las ondas.

La voz sigue cantando; la cabellera va y viene por las aguas; a los temblamientos del rostro, toman cambiantes de topacio los pliegues de la falda amarilla; son puntitos de luz las menudas y calientes pecas...



LA MÁSCARA AZUL



BAJO el calzón de seda azul, lustroso y crujiente, se dibujaban las curvas venusinas del muslo. Era éste carnoso sin gordura; de la dureza suya daba claros indicios el estiramiento del calzón. Encajes marfileños caían sobre la redonda pantorrilla. A la mitad de ella trepaban las botas celestes, ceñidoras de un breve pie, más breve aún por virtud de los altos tacones Luis XV.

Sin moda precisa, pero de airoso y gallardo corte, era la entrechupa y justillo que se apretaba contra el cuerpo gentil, celestineando sus juveniles atractivos; como espuma en ola temblaban los encajes blancos sobre las turgencias del pecho, y por entre los que en el cuello se aca-

racolaban, surgía la cabecita pelinegra, iluminada por una sonrisa granujosa y por dos ojos retadores.

Era una cabecita madrileña, entrelarga, cubierta de gozadoras palideces; los ojos iban y venían como pájaros cautivos, ansiosos de volar tras los retorcidos pestañales; la nariz se remangaba, dilatando sus ventanillas de transparencias color rosa; la boca, grande, sonreía, más que por sonreír, por enseñar los dientes blancos, fuertes, puntiagudos; aquellos dientes, al brindar la caricia, amagaban el mordisco. Las negruras del pelo ponían marco justo a esta fisonomía rufanesca y sensual.

Rico disfraz el de la máscara. Yo, al verla cruzar presurosa la calle de Alcalá, huyendo la nieve que el viento frío de la noche empujaba contra la tierra, busqué con mis ojos el coche que la transportara a tal sitio desde su vivienda lujosa. Hasta imaginé en ella una gran dama, que por capricho o refinamiento iba a enfangarse en un baile cualquiera, entre la canalla bailadora, imitando

a las antepasadas, que ilustraron con sus escándalos las cortes de Carlos IV y de Fernando VII.

No había coche alguno en las proximidades. La máscara del lujoso disfraz venía a pie, hollando con sus pies menudos, calzados por las altas botas Luis XV, la nieve menuda, que al deshacerse en agua convertía el piso en un fangal.

Con tan elegantes arreos y tan deliciosa figura, iba a pie la máscara azul, envuelta por los remolinos de la nieve, azotada por el aire de hielo que gruñía hostil en el espacio.

A pie iba; no envuelta en abrigo de pieles que la defendiese contra el frío. ¡Abrigo!... Si concedemos los honores de tal a una toquilla rota, que se recogía contra los hombros de la máscara, abrigo llevaba ella. Si no, iba a cuerpo, con la redonda pierna al aire y el desnudo cuello entregado a las caricias de la nieve; así iba por la ancha calle de Alcalá, camino del teatro de la Zarzuela, de par en par abierto a bailarines y curiosos.

Máscara graciosa, elegante máscara azul, yo forjaba para ti una leyenda, una fantasía. En ella eras tú busca-placeres señoril, dama harta de manjares insípidos, que se decidía a buscar los manjares fuertes entre vahos de alcohol barato y de perfumes behetriles.

No. Tu leyenda es otra. Triste leyenda, que consiste en dejar mantón y ropa de diario en una tienda de disfraces; en ceñirte rico traje de seda azul y encaminarte a cuerpo, con la toquilla rota por único abrigo, al por-dioseo de unos duros que te ofrezca un borracho en trueque de tu sonrisa granujona y de tus ojos retadores.

¡Bien se disfrazan la miseria y el hambre en los días de Carnaval!
¡Grandes artífices de máscaras son ellos!... No era fácil reconocerlos bajo aquella imagen juvenil, tras aquel traje de brilladora seda azul.

Y la máscara azul se fué alejando lentamente; y antojóseme ella, a la distancia, un cacho de cielo desprendido, que la nieve del cielo iba ensudariando poco a poco...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

NO te vayas. Cógete de mi brazo. Charlaremos un poco más. Tu voz me seduce. Hay en ella fuego y dulzura. Es, a la par, voz de compañera y de amante. Tiene vibraciones metálicas que llaman a las deleitosas peleas del amor y notas suaves que prometen reconfortadores coloquios al hombre que se acerque a ti, luego del bregar cotidiano, buscando para su boca un beso y para su alma un reclinatorio.

Ignoro quien seas. Acabas de llegar a mí traída por el vaivén carnavalesco; pero tu voz me atrae, tu boca ríe sin estrépito: risa es para uno solo; se vé más que se oye. Culto sin petulancia es tu hablar: se airean

gentilmente con él ternuras y sublimidades de mujer delicada, no ansias hembriles y vanidades de coqueta.

Momentos hay en que tus frases me transportan a las novieras timideces; momentos en que vuelven este sitio, donde todo es farsa, en hogar sereno, en amante isla de reposo; a algunos parece que, elevándote conmigo por cima del diálogo vulgar, me acompañas y me conduces y me alientas en el camino de mis ensañares, que hago siempre solo.

Acaso eres la *fembra placentera* de que habla el Arcipreste, para ofrecer con ella, y con la buena mantención, felicidad al hombre.

Mira, aquí hay un coche; no lejos, un gabinete reservado. ¿Quieres que charlemos en él?...

No; eso no, mujer. ¡Te lo suplico! No desprendas el antifaz. Con él tienes la boca libre, encantadora boca donde los dientes brillan como perlas en estuche granate. No es preciso que desnudes la careta para morder este manjar y beber tu copa de

champaña. Bebe. Yo no bebo; brindaré con agua. No bebo; yo no bebo. Si llego a escribir mis memorias, titularé este período, último de mi vida, el período acuático.

¿De qué te ríes? ¿De mi dicho? ¿De mi empeño en que conserves la careta? Si es por lo primero, no rías. El vino acabó. No por virtud de mi conciencia, por virtud de un específico. Unas sencillas inyecciones curaron las imbecilidades que el alcohol me hacía cometer. ¡Si hubiera inyecciones para otro género de imbecilidades!... ¿Y por qué no? En la voluntad, trabajándola firme, deben hallarse manantiales curadores de toda embriaguez.

¿A qué mi tema de que sigas con antifaz y envuelta en ese dominó? No es capricho, palabra. Es algo más serio. A otra que tú no se lo diría. De una coqueta, sólo con proponérselo, me captaría el odio; de una vanidosa, las iras; de una tonta... ¡Bah!... Lo que me ganara de una tonta no iba a durar mucho en mis pensares.

Oye, y deja que romantice un poco.

Prescindiendo de la boca, de la barba para un hoyuelo, de las manos, que son principescas, y de los pies, cuya cortedad una japonesa envidiaría, no te me sé físicamente. Pero tu voz me encanta y tu lenguaje, tu manera de expresar tus ideas y tus sentires me hacen suponer, dentro de ti, la mujer buscada desde mis años juveniles, la criatura de amor completa que nuestras imaginaciones forjan y casi nunca se hace realidad.

Tu voz y tu fraseo coinciden con los que yo habría puesto en *mi mujer*. También coinciden tu boca llena de frescura, y tu redonda barba, y tus manos aristocráticas y tus pies menudos.

Pero, ¿y si te quitas la máscara y el resto de la cara no corresponde a mi ensoñar?

Doy de barato que seas hermosa; hermosa no, bonita; mejor es bonita que hermosa. Aunque lo seas, ¿será tu hermosura como mis sueños la

trazaron y la precisan mis realidades? ¿Tendrá, libre del dominó, ese cuerpo tuyo, la pureza de líneas, la gracia de curvas que pongo yo ahora en él? ¿Serás materialmente para mí—claro que para mí—la mujer-forma, completadora de la mujer-alma, que tu lenguaje y las vibraciones de tu voz me presentan?

¿Y si no lo eres? ¿Y si fea o no fea, bella o no bella en el dibujo de tu carne, no son tu rostro ni tu cuerpo como yo los imagino y los ambiciono?

Entonces seguirá el encanto de la voz, seguirán tus frases halagando mi espíritu; pero acaso el encanto se disminuya, tal vez sean ellos como oloroso arco iris de flores exquisitas, ofrecidas sobre un canastillo vulgar.

Deja, mujer, que en esta carnavalesca noche, en esta soledad de dos, en este banquete impensado, crea yo, por obra de tu ingenio y de tu dulzura, por obra de tu dominó y de tu careta, que he tenido media hora, una, toda la noche, si tú quieres, viva, rozando la sedería de su

disfraz con el tejido de mi traje, a la mujer total hospedada en mi fantasía, a la que al salir de ella para encarnarse, siempre me trajo desengaño o hartura.

Puedes regalarme hoy tal dicha. ¡Sé buena!;... Ya que ello puede ser, haz que sea. Una careta y un dominó bastan a hacer realidad el sueño.

¡Ojalá fuera tan fácil hacer que ciertos cuerpos hermosos, en quien pusimos las voluntades nuestras, vistiesen el corazón con dominó y encubriesen el entendimiento con antifaz!

¡Con cuánto placer tejeríamos, para esos corazones y esos entendimientos, disfraces bordados con grandes ideas y con exquisitos sentires! ¡Cómo abrocharíamos el disfraz para que no cayese de súbito, mostrándonos las deformidades internas del hechicero exterior preso en nuestros brazos!

Es imposible; ya lo sé. Tales disfraces duran poco. Están hechos con trama que el menor impulso rompe y la más leve presión desmenuza.

Imposibles son tales disfraces. Sigue tú con el tuyo; siga regalando mis oídos tu voz. Hay en ella fuego y dulzura. Es, a la par, voz de compañera y de amante. Sigue. Tiene tu acento vibraciones metálicas que llaman a las deleitosas peleas del amor; tiene suaves notas que prometen reconfortadores coloquios al hombre que se acerque a ti, luego del bregar cotidiano, buscando para su boca un beso y para su alma un reclinatorio.

